

—¡Tanto dinerol ¡nos arruina!

—Nos arruina! Entre las contribuciones y los gastos que naturalmente habrá que hacer todos los años, apenas llegaremos á recaudar unos treinta mil francos.

Roberto pronunciaba estas palabras con una convicción triste y profunda.

Antes que Blas hubiese contestado se elevó del centro de la oscuridad una voz.

—¡Alto! dijo.

Luego añadió con acento imperioso, dirigiéndose á personas invisibles:

—¡Vosotros, atención!

A esta órden de mando oyóse un ruido sordo entre las malezas.

Roberto y Blas, despertados brúscamente de su sueño, miraron en turno suyo con espanto.

A través de las espesas tinieblas distinguieron un hombre en medio del camino. A derecha é izquierda estaban estacionados otros cuantos; el ruido de las hojas secas continuaba entre las malezas.

Roberto y Blas no procuraron disimular su terror. La amenaza de maese Geraud se cumplía. Estaban rodeados por todas partes por los terribles bandidos.



VII.

LOS RECURSOS DE BIBANDIER.

La sorpresa de nuestros viajeros fué tanto mas ruda cuanto que su sueño habia sido muy seductor. Este golpe caía sobre ellos de improviso. Sin embargo no se abatieron gran cosa.

A pesar del número imponente de los bandidos, Blas tuvo idea de resistirse.

—Si probásemos las pistolas de maese Geraud, murmuró.

El jefe de los bandidos debió oírle, porque exclamó precipitadamente:

—Martín, Miguel, Pedro, Juan, todos, todos, no os movais! Pero si alguno de estos señores intenta montar una pistola, fusiladle como á una liebre.

Nadie respondia; únicamente aumentó el ruido de las hojas secas entre las malezas.

—Rian, hijos míos, replicó el jefe, ni una palabra; así es la consigna. Cuando se habla se reconocen las voces y luego suele haber que entenderse con los tribunales.

Mientras el charlatan jefe de los bandidos taciturnos daba á sus subordinados esta lección de moral, avanzaba Roberto la cabeza sobre el cuello de su montura, procurando distinguir sus facciones; pero la oscuridad de la noche era inmensa.

El bandido añadió, dirigiéndose á los dos viajeros:

—¡Ah! ah! mis pobres señores! no teneis mas que cuarenta mil francos de renta, y el gobierno no se avergüenza de cobraros los impuestos!... ¿Sabeis que es una cosa abominable?

Y se interrumpió para gritar á su tropa, siempre inmóvil:

—Muchachos, no os movais.

Roberto prestaba atención, mirando con el mayor cuidado.

Hubiera pagado diez luises por un rayo de luna, por supuesto contando con un futuro capital.

—Vamos, mis buenos amigos, prosiguió el bandido; yo no seré tan cruel como el gobierno. No os pido mas que lo que llevais en los bolsillos.

Montó su carabina, que llevaba en la mano, y añadió:

—Vosotros, muchachos, no os movais; pero estad dispuestos para hacer fuego.

Sus soldados, modelo de disciplina militar, no hicieron el menor movimiento.

Roberto y Blas no respondian.

—Y bien, exclamó el bandido con aterradora voz, ¿será preciso quitaros la vida para tomar vuestra bolsa?

Una franca y sonora carcajada acogió esta amenaza.

Blas no comprendia.

Por lo que hace á los bandidos subalternos, conservaban imperturbables su grave inmovilidad.

—¡Ah Bibandier! ¡mi pobre Bibandier! exclamó Roberto, qué chasco te has llevado!

A este nombre se estremeció el general en jefe de los bandidos.

—Me parece que conozco esa voz, murmuró. ¡Ah maldito país!... hasta se encuentra á los amigos!

Cuanto mas hablaba mas se reia Roberto.

El bandido tiró su carabina y sacó un eslabon del bolsillo.

—¡Ah, mi buen amigo! dijo Roberto; dí á tus gentes que somos buenos y antiguos compañeros.

—No os movais, muchachos, repitió Bibandier, encendiendo una linterna de bolsillo.

Susesivamente iluminó los rostros de los viajeros.

—¡El Zalamerol! exclamó, y este diablo de Americano.... ¡Ah! podeis creer que me alegro mucho de veros.

—Toca esos cinco, dijo Roberto.

—Cuando pienso que hace diez minutos os seguía, murmuró Bibandier, y que os oía hablar de rentas....

—Y de esos terribles impuestos, añadió Blas.

—¡Ah! ¿luego estais haciendo alguna farsa para vosotros solos? exclamó Bibandier.

—A decir verdad, amigo mio, contestó Roberto, no habiamos contado contigo, porque te creiamos en Brest.

—De allí vengo.

—Haz que te dé la luz para que te veamos.

Bibandier volvió complacientemente el ojo de la pequeña linterna y nuestros dos viajeros pudieron ver un rostro que espresaba en aquel momento la tristeza mas dolorosa.

Era un hombre de treinta y cinco á cuarenta años delgado y alto como una caña. Enormes patillas procuraban en vano darle una fisonomía feroz. Habia tenido la ocurrencia de mezclar su barba y cabellos de una manera salvaje; pero sin embargo, estaba muy lejos de tener ese aire especial y propio de los ladrones y bandidos.

—Mi pobre Bibandier, dijo Roberto, qué triste estás! Me parece sin embargo que cuando es uno el dueño del campo y se cuenta con una buena cuadrilla....

Bibandier suspiró.

—Como pan negro y bebo agua, replicó con tono plañidero; desde hace un mes que estoy en estos malditos campos no he visto siquiera una moneda de plata en mi mano. ¡Cuánto echo de menos el presidio!

—¿Qué dices?

—¡Ah París! ¡París! exclamó Bibandier enternecido. Una hora de espera en el hueco de una puerta de cualquier calle despues de dadas las doce, da con que pasar alegremente mas de quince dias. Solo trabajo para poder volverme á París. Y si vieras qué poco producto sacol! Esta tarde al veros subir me puse ébrio de alegría.... Me dije: Al menos estos no son patanes de la aldea de Baines, de la de Glenac ó de la de San Vicente con sus gruesos garrotes para defender la media docena de cuartos con que llenan sus bolsillos. Cuando os oí hablar de vuestras rentas se me saltaba el corazon. He soñado con París y con mi cuartito de la Chappelle. Sentí el olor de la cocina donde comiamos juntos cuando estábamos liquidando. ¡Pero nol todo fué una ilusion y ya comienzo á creer que moriré de hambre en mi cueva!

—¿Hay aún aguardiente en el frasco? preguntó Roberto.

Lo llenó maese Geraud, contestó Blas.

—Entonces apéate. Aun es temprano y podremos fumar una pipa con este antiguo camarada.

Nuestros dos viajeros echaron pié á tierra, atando sus caballos á las malezas.

Sin embargo, las hojas secas no se movían ya. El ejército de Bibandier guardaba su inmovilidad modelo y parecía, esperar una orden del jefe para romper filas.

Un perrazo delgado como su amo había salido de entre la espesura y daba vueltas alrededor de los caballos con el rabo entre piernas y como buscando algo que comer.

—¡Hola, valientel dijo Roberto presentando el frasco á Bibandier!.... ¡no te comprendo!.... no hay país en el mundo donde una docena de buenos muchachos no puedan conseguir algunos recursos! ¿Qué has hecho entonces de esas gentes?

El pobre bandido bebió un enorme trago de aguardiente. Esto pareció darle algun ánimo y contestó, procurando sonreír:

—Producen efecto, ¿no es verdad?

Roberto y Blas miraron á los silenciosos bandidos.

—Un efecto soberbio, contestó Blas.

—Con ellos, añadió Roberto, hasta se podría detener á una caravana.

La sonrisa de Bibandier se trocó en una risa estentórea.

—¡Oh! ¡oh! exclamó, y sin embargo, no me encuentro en estado de poder robar á nadie. Muchachos, no os mováis!.... ¡Ah! ¡diablol son tan obedientes! ¡y luego como no cuesta nada darles de comer!

Y volvió á acercar el frasco á su boca: luego añadió moviendo la cabeza:

—Martin, Juan, Miguel, Buenaventura y los demás son unos palos que visto lo mejor que puedo.

—¡Bahl exclamaron al mismo tiempo Blas y Roberto. Los hemos oido moverse en las malezas.

—Aquí, Medoro, gritó Bibandier.

El perro flaco se acercó arrastrando.

—¡Medoro es el que está encargado de ese papel replicó el desgraciado bandido: mueve las hojas secas con las patas.... Está enseñado á moverse como un endemoniado cuando grito: Vosotros, atencion.

Roberto tomó la linterna y fué á reconocer los bandidos subalternos, que en efecto eran unos palos clavados á lo largo del camino y cubiertos con harapos.

—No se puede ganar la vida con mas talento, murmuró Blas; hay gentes que no tienen precio.

—Y bien, dijo Roberto; hubiera creido que el país era el mas á propósito para este género de comercio: me han hablado tanto de bandidos....

—Yo solo soy todos esos bandidos, respondió Bibandier; yo y Medoro....es decir, hay otros muchos allá abajo, mas allá de los pantanos de Glenac; pero son unos gallinas que maldito lo que saben hacer....Yo he querido reunirme á ellos, pero no he encontrado medio alguno para conseguirlo y ahora me buscan de todas partes para apretarme el pescuezo bajo pretesto de que les estoy dando muy ma-

la reputación. No mato á nadie porque hasta mi carabina no es otra cosa que una rama de castaño.

—Llena tu pipa, mi pobre Bibandier, dijo Roberto, y sentémonos un momento.

—Esperad, dijo el jefe de los bandidos; la yerba está mojada y voy á desnudar á mis compañeros para que podamos sentarnos mejor.

Estendió en efecto los harapos de sus pretendidos soldados sobre el césped, colocó su pretendida carabina contra un árbol y tomó asiento al lado de nuestros dos viajeros.

Por las cosas que se dijeron en aquella reunion hubiera sido fácil comprender que Blas y el mismo Roberto de Blois habian observado recientemente una vida ejemplar. Recordáronse en comunidad los buenos tiempos y no pocas travesurillas. Nuestros dos viajeros y Bibandier formaban un terceto de excelentes compañeros.

El frasco pasaba de mano en mano. Bibandier no cesaba de contar las desgracias que habia experimentado despues de su evasión del presidio de Brest.

—Ya veis que he hecho cuanto he podido, decía con melancolía, y que no anhelo otra cosa que trabajar honradamente... pero creo que un día ú otro me veré obligado á comerme á mi pobre Medoro para acallar el hambre.

—Mala comidal observó Blas.

Medoro dió un aullido.

—Con mis hombres y mi industria, prosiguió el

infortunado bandido, no gano cinco cuartos por dia. A veces me suele traer Medoro un pollo ético que me sirve para comer... Esos son para mí dias festivos! Lo comemos en familia y el tiempo restante nos contentamos con ayunar.

—¿Dónde vives? preguntó Roberto.

—En cuanto á eso no estoy muy mal alojado. Hay suficiente terreno para los tres si quereis asociaros á mi comercio... Tengo para mí solo un antiguo molino de viento donde estoy perfectamente, escepto cuando llueve.

—¿Carece de techumbre?

—Completamente. Pero á vuestra vez habladme algo de vosotros. ¿Qué venís á hacer por aquí?

Roberto se levantó en lugar de responder, sacudiendo las cenizas de su pipa.

—Me parece que me han caido algunas gotas, dijo.

—No será nada, hijo mio. ¿No quieres decirme?...

—Espero que nos volveremos á ver. ¡Pero los diablos me lleven si no es una tempestad! Vamos, Blas; en marcha.

—¿En marcha? ¿para qué país? preguntó Bibandier: ¿quereis llevarme?

Roberto montó al momento á caballo.

—Vamos á hacer otra cosa mejor, replicó: por mi parte no me conformo con la idea de dejarte en la miseria y los siete francos que llevamos, mas los cincuenta....

—¿Vas á partirlos? exclamó Bibandier enternecido.

—Te los dejo.

Bibandier no tuvo mas que la fuerza precisa para tender la mano; tan absorto se quedó al considerar aquella magnanimidad!

—Pero... quiso decir Blas.

—Cállate, replicó Roberto; entra en mi plan ser robado.

—He aquí un verdadero amigo, exclamaba entre tanto el famélico bandido: mucho tiempo hacia que mis manos no habian tocado monedas de plata.... Americano, eres un buen compañero; dime dónde vas á parar, y aunque sea al fin del mundo iré á verte.

Roberto dió un latigazo con las riendas al caballo de Blas y ambos partieron al trote largo.

Bibandier hizo un paquete con sus camaradas, llevándose los debajo del brazo. Gracias á la largueza de Roberto, tenia con que alimentar á toda su tropa durante una semana.

—He ahí á lo que se espone uno, decia el jóven Mr. de Blois á su criado, cuando no observaba buena conducta.... Ese muchacho hubiera podido hacer alguna cosa buena; ¡pero qué maneras!... Si ganamos la partida le daré con que volver á Paris, á menos que no haya que hacer algun negocio desagradable, en cuyo caso le prometo la preferencia.

Blas estaba ocupado en levantarse el cuello de la blusa para defenderse del viento, que le enviaba gruesas gotas de lluvia á la cara.

—Se anuncia bien la noche, murmuró; mucho vamos á pasar.

La tempestad en efecto habia estallado con repentina violencia. Apenas estaban á trescientos ó cuatrocientos pasos del sitio en que habian hecho alto, cuando ya sus trajes estaban empapados de agua: el viento mugia furiosamente entre las malezas. A largos intervalos rasgaba la profunda oscuridad un relámpago mostrándoles el fangoso camino, que se prolongaba hasta perderse de vista.

Blas temblaba de frio y se quejaba; Roberto al contrario, conservaba su imperturbable buen humor.

—¡Bravo! decia; aunque hubiera mandado á la tempestad que estallase no lo hubiera podido hacer mas á tiempo. Al menos llegaremos á Penhoel en un estado conveniente á las circunstancias.

Trascurrió media hora. La tempestad parecia acrecentar su furor. De pronto se detuvieron los dos caballos al mismo tiempo.

Roberto quiso hacer seguir al suyo, pero el animal no se movió.

—Delante de nosotros hay agua, dijo el Zalameiro.

Un relámpago se encargó de confirmar aquella asercion. Durante la cuarta parte de un segundo vieron el curso tranquilo del Oust, la doble colina y el castillo de Penhoel.

—Estamos al fin de nuestras penas, dijo Roberto.... Bah!... he ahí un arroyo que se podria

saltar á piés juntos. Esa famosa inundacion de que tanto nos han hablado se asemeja algo á los terribles bandidos resumidos en la persona de nuestro amigo Bibandier.

—Es el país de los bastones flotantes, añadió Blas reanimado con la esperanza de un próximo y cómodo albergue.

—¿Llamaremos al barquero?

—¡La barca!... ¡la barca! gritó Roberto. Nadie respondió en la otra orilla.

Repitieron las voces y durante dos ó tres minutos estuvieron gritando á la vez.

—Definitivamente, dijo Roberto, al cual nada podía arredrar, no sería del todo malo pasar este arroyo á nado. Bandidos, tempestad y por remate de fiesta un baño!... hasta podemos presentarnos desnudos.

Blas gritaba:

—¡La barca!... ¡Ah del barquero!... la barca!...

Ambos habian echado pié á tierra.

Desde hacia algunos minutos oian detrás de las colinas el ronco sonido de una trompa y lejanos clamores, cuyo sentido no podian comprender.

Blas estaba algo asustado.

—Escucha, murmuró... la trompa se acerca.

—Es un hombre á caballo, replicó Roberto.

—¿Qué diablos significa todo eso?

En aquel momento el mensajero á caballo pasó por la orilla opuesta gritando:

—¡El agua! ¡el agua! ¡el agua!

Blas se estremeció.

—Volvámonos atrás, dijo, medio asustado ya.

Roberto se encogió de hombros.

—Aun cuando el arroyo creciera un pié no nos llegará el agua mas que á la rodilla....

Un ruido sordo se dejó oír detrás de las colinas.

No tardó en precipitarse en el tajo con un mugido terrible una masa blanca y fosforescente.

Los dos caballos se pararon de manos, relinchando; luego dieron al mismo tiempo un salto hácia atrás, huyendo al galope.

—¡Estamos perdidos! balbuceó Blas, procurando á su vez huir.

Pero sintió un frío súbito en los piés y luego en todo su cuerpo y le faltó la tierra.

Habia mas de seis piés de agua en el sitio en que Roberto y él estaban de pié antes, y la inundacion uriosa los arrastraba con inesperada violencia.

Nada veian en medio de las profundas tinieblas sino esa débil fosforescencia que se advierte en la superficie del agua hirviente.

Pedian socorro con todas sus fuerzas, pero parecia que sus imponentes gritos debian perderse entre los mil ruidos que los rodeaban.

Luchaban, pero sin esperanza.

Habia llegado la hora de la muerte.

